

Celebrar la reconciliación

Hacia el final de la Cuaresma, antes de empezar los días de la muerte y la resurrección de Jesús, vale la pena celebrar aquel sacramento que sella nuestro retorno a Dios.

Celebrar la reconciliación, la penitencia, manifiesta públicamente nuestra voluntad de rehacer nuestro camino cristiano y, sobre todo, hace realidad el perdón que Dios nos ofrece, el perdón de la Pascua de Jesucristo. La podemos celebrar individualmente, resaltando entonces sobre todo su carácter de conversión personal y de búsqueda del camino de Dios, o comunitariamente, resaltando sobre todo nuestra voluntad de ser verdaderos hijos de Dios junto con los demás hermanos cristianos.

Y sobre todo, no nos perdamos la Vigilia Pascual, la noche más grande del año



Todo eso, todo el camino cuaresmal, culmina con los días santos de la muerte y la resurrección de Jesús. El domingo de Ramos lo acompañamos en su entrada en Jerusalén, y después, el Jueves por la noche, nos unimos a él para vivir el Triduo Pascual de su muerte (Viernes), su sepultura (Sábado) y su resurrección (Noche de Pascua, el gran Domingo).

La Noche de Pascua es para los cristianos la noche más grande del año, la noche en la que se hace realidad nuestra salvación, la vida nueva de Jesús que es nuestra vida. No podemos dejar de participar en ella.

¿Cómo podría, un cristiano, dejar de compartir con Jesús y con todos los hermanos y hermanas el momento culminante de la historia del amor de Dios hacia nosotros?

CUARESMA, UN CAMINO

La Cuaresma es el tiempo de preparación de la Pascua.

Originariamente, lo que caracterizaba este tiempo era la preparación inmediata de los que querían recibir el bautismo, que se celebraba en la Vigilia Pascual. Y la penitencia que hacían los pecadores –los que habían actuado rompiendo de manera decisiva la comunión con Dios y la Iglesia– para ser reconciliados el Jueves Santo y así poder celebrar de nuevo la Pascua con toda la comunidad.



Nuestra situación actual ya no es la de los orígenes. Pero el objetivo es el mismo. Durante los días de la muerte y resurrección de Jesús, y durante la cincuentena que viene después, fijaremos nuestra mirada en el camino nuevo que Jesús nos ha abierto con su fidelidad, y daremos gracias por ello, y reafirmaremos nuestra fe en él, y reconoceremos que él nos salva. Pero para que eso sea auténtico, será necesario que por nuestra parte hayamos reforzado este camino nuevo: hayamos renovado la fe y el compromiso de nuestro bautismo, y hayamos caminado hacia la reconciliación con Dios. Y eso es lo que la Cuaresma nos invita a hacer. Sin pretender en la mayoría de los casos grandes cambios espectaculares en nuestra vida –ya sabemos que somos muy limitados– pero tampoco sin que este tiempo pase sin aprovecharlo.

La “ideología” de Jesús y nuestra “ideología”

Un primer y útil ejercicio cuaresmal podría ser hacernos una pregunta: ¿cómo era Jesús? ¿cómo era su vida, sus criterios, sus prioridades, su –llamémoslo así– “ideología”?

Será muy útil hacerse esta pregunta, y buscar respuestas allí donde hay que buscarlas: en el Evangelio (y no en nuestro “sentido común”, ni tampoco en las estadísticas). Leerse el Evangelio, repasarlo una y otra vez, sin prejuicios como si fuera la primera vez, para empaparse de los sentimientos y criterios de Jesús, como aquella María de la que habla san Lucas (10,38-42) que estaba sentada a sus pies para empaparse de su palabra hasta conseguir identificarse con su manera de pensar y de obrar. (Pueden ayudar a este “examen” las hojas 35, 36 y 37 del apartado de Sacramentos de esta misma Carpeta).

Y con todo eso, reformar nuestros criterios y actuaciones sobre el trato con los demás, los conflictos personales y colectivos, nuestra tranquilidad y seguridad, el uso de nuestro dinero y nuestro tiempo, la relación y la confianza con Dios... Eso es convertirse: orientarse hacia Jesús, orientarse hacia Dios.

LIMOSNA, ORACIÓN, AYUNO

El Miércoles de Ceniza leemos un fragmento del evangelio de Mateo (6,1-18) en el que Jesús habla de las tres prácticas que concretarán el camino de la conversión: la limosna, la oración y el ayuno. Jesús señala, no obstante, que esas prácticas no deben hacerse porque toca o para quedar tranquilos, sino que tienen que venir de nuestro interior, tienen que ser la expresión del deseo de renovar nuestra fe y nuestra vida cristiana.

¿Cómo podemos concretar, ahora, estas tres prácticas?

Limosna: Dar de lo que tenemos al necesitado. Lo podemos concretar de tres maneras:

- Dar dinero. ¿Qué aportamos nosotros al servicio de los necesitados? Sea a través de Cáritas, de entidades dedicadas al Tercer Mundo, de grupos de ayuda fraterna y solidaridad.
- Dar tiempo. Visitando enfermos o personas que están solas, o trabajando en tareas de voluntariado u otras actividades sociales o eclesiales.
- Dar acción de transformación social. O sea, contribuir a hacer que esta sociedad nuestra sea menos injusta: actuar en la organización económica, social, política. Actuar en ella, o por lo menos estar sensibilizados sobre la cuestión.

Oración: Vivir con más intensidad la relación personal con Dios. Por ejemplo:

- Buscar momentos concretos (y mantenerlos fielmente) de silencio, breves o largos, para ponerse ante Dios y vivir con él los trabajos de la vida y las ganas de ser cristiano.
- Leer el evangelio, orar con los salmos... Leerse las lecturas de la misa de cada día (en alguno de los misales manuales existentes).
- Participar cada día o algunos días de la misa diaria o, si hay cerca algún monasterio, participar de la plegaria de vísperas o de algún otro acto.

Ayuno: Privarse de algo, para manifestar que Dios es realmente lo único totalmente valioso, y también para ayudar a los necesitados con lo que ahorramos con nuestra privación. De las tres prácticas, ésta es quizá la menos valorada. Pero en nuestros días, en este tiempo de confort y consumo imparable, vale la pena reivindicarla más que nunca. Por ejemplo:

- La práctica tradicional: abstinencia de carne los viernes de Cuaresma (y no sustituirla por una comida mejor, sino hacerlo todo más austero), y ayuno el Miércoles de Ceniza y el Viernes Santo (sólo una comida al mediodía).
- Privarse de algunas cosas: de un rato fácil de televisión, o de comprar aquel vestido, o de aquella comida que ahora tomaría con gusto. Y dedicar el tiempo ahorrado (por ejemplo de televisión) a la oración o a la convivencia; y dedicar el dinero ahorrado a la ayuda a los necesitados.